

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): *Una mujer vestida de sol.*

Salmo (44, 10bc.11-12ab.16) *«De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-27a): *Por Cristo todos volverán a la vida.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

Hablar de Ascensión es hablar de Resurrección. No son cuentos para niños, porque tocan nuestro fundamento y nuestra suerte. ¿Cuál es el futuro del hombre?, no solo como humanidad (adónde va la humanidad), sino como individualidad (adónde vamos cada uno de nosotros). La pregunta por el futuro, es necesariamente la pregunta por el presente. Dependerá de cómo entendemos el futuro, para ver cómo vivimos el presente. No es lo mismo creer en un futuro sin Dios que con Dios.

La fe en la Resurrección está pasando por horas bajas. A la cultura actual le es más atractiva la idea de la reencarnación. Si no se cree en otra vida, lo mejor será volver de nuevo a esta. Es como una prórroga, utilizando términos deportivos. La vida es demasiado corta y hay que prolongarla, aunque sea por medio de sucesivas reencarnaciones. Quizás el motivo sea una crisis de la fe en la trascendencia: unos destacan el valor del cuerpo, y subestiman el alma, la vida espiritual. Otros, por el contrario, sobrevaloran lo espiritual y se desentienden de lo material, de lo cotidiano y corpóreo. Otros prefieren hablar de la disolución de lo personal en la naturaleza.

Por eso mismo, la fe en la resurrección suena hoy, como sonó en tiempos de san Pablo, a escándalo o a necesidad. Suena a necesidad que los cristianos, nos atrevamos a dar gracias a Dios incluso en los momentos tan terribles como son los de la muerte. Es un escándalo para los “*bien pensantes*” nuestra afirmación de que las personas estamos llamados a la vida y que viven con Dios y viven en Dios: **«La vida de los que en ti creemos Señor, no termina, se transforma»**. Esta condición no es una “*conquista humana*”, como si cada persona tuviera que “*robar el fuego de los dioses*”, como Prometeo. Nos ha sido regalada en la Muerte y Resurrección de Jesucristo.

Los dogmas pueden verse como un punto de llegada de la fe y también como un punto de partida. Ahora tiene pleno sentido el dogma de la Asunción. El día 1 de noviembre de 1950 el papa Pío XII proclamó el dogma de la Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma a los cielos en la Constitución Apostólica “*Munificentissimus Deus*”.

María es la primera “*criatura humana resucitada*”. María es la mujer que, habiendo llevado en sus entrañas al Hijo de Dios, es la primera criatura que entra en la Vida en Plenitud. De ahí la alegría de la Iglesia. Alegría porque María es proclamada vencedora en la Resurrección de su Hijo, y alegría porque sabemos que nosotros, humanos y mortales, también participaremos un día de esta resurrección.

La gloria que cabe a la Virgen María, la Madre de Dios, radica en su condición de hija predilecta del Padre. Una criatura femenina, elegida por el Creador para ser madre de la Vida. María corrige con la ayuda que le procura el vigor de Dios, con la fuerza y acción del Espíritu, el comportamiento del ser humano. Adán y Eva no aceptaron de buen grado el designio del Creador y optaron por la desobediencia acarreado para todos sus descendientes la pérdida de la inmortalidad. No privó Dios a la mujer de su condición de madre de la vida, pero sí había quedado manchada su capacidad radical de transmitir por generación tanto vida como muerte. Todas las madres saben que un día ella mismas perderán esa capacidad no sólo de dar vida, sino de mantener la suya propia. Aceptar ese destino de no poder hacer nada frente a la vida, que se ve acabar sin más horizonte que el sepulcro, es algo que humilla y abate al ser humano. Basta pensar en el dolor de una madre que no puede hacer nada por conservar la vida de su hijo que muere en sus brazos.

Pero lo que no podía hacer la madre, hija de Adán, lo consiguió de una manera asombrosa, admirable, la hija predilecta del Padre, la Madre del Hijo, en abrazo fecundo y aceptación gloriosa del propio Querer de Dios. Ella, María, no dio vida sólo para la muerte; elegida por Dios para ser Madre de la Vida engendró un cuerpo cuyo destino era glorioso porque era el fruto exclusivo del Querer de Dios hecho vigor y fuerza en la Virgen de Nazaret. ¡Qué poca banalidad encontramos en la verdadera historia de esa Virgen!

Un Sí que supuso el comienzo de la Encarnación; un sufrimiento al tener que compartir el misterio de lo trascendente con las exigencias de unas entrañas y sentimientos humanos; un desprendimiento que se iba acentuando cada vez entre la madre y el Hijo, que se inclinaba definitivamente por las cosas de su Padre; un seguimiento de la vida del Hijo desde el dolor continuo al no poder competir con sus soluciones sólo humanas frente al designio misterioso de un Padre que aceptaba complacido la muerte de su Hijo; y finalmente el respeto filial de los discípulos a la madre de su Maestro.

Ni siquiera la verdadera historia nos habla de su muerte. Ha sido la tradición cristiana la que ha interpretado en clave fidedigna el final glorioso de María. La Madre de Dios, Madre de la Vida, se identificó plenamente con el destino glorioso de su Hijo y su cuerpo fue llevado a los cielos para participar definitivamente de la Gloria de Dios Padre. ¡Bendita sean las imágenes y celebraciones que cantan este triunfo de María! Pero no olvidemos nunca que la gloria también es preciosa; no escatimemos sufrimiento alguno para conseguirla.